

“El Forastero de si mismo”. Cuento incluido en el Libro *Raquel Devastada*, publicado por Editorial Universitaria, 1959

Este cuento fue incorporado en la *Antología del Cuento Hispanoamericano Contemporáneo*, de Ricardo A. Latcham publicado por Zigzag, 1958.

Algunos hilos de luz le rayaban el cuerpo a lo largo. En se aferraba a ellos, viciosamente. Quería encontrar su alma perdida. Su existencia, oscilante, se había vuelto oscura. Por eso, desesperado, miraba el mar. “Si tuviera todo el cuerpo de luz”, se decía, y se quedaba absorto. El mar. Sólo el mar le daba reposos con sus olas sucediéndose.

Una tarde vio a una mujer que caminaba descalza por la playa; recogía algas que trenzaba en su cabello.

El hombre fue hacia la mujer.

Sobre el cielo salió una luna torcida: él no podía ir en ayuda de la luna.

La mujer prendía conchas irisadas, pequeños reflejos de un sol agónico, en su traje de redes destrozadas.

“Tú eres el extranjero que vive en la casa de piedra – murmuró ella.

Él se quedó silencioso. Después.

- ¿No sientes frío?

- Qué bonito es mi collar! – Las pupilas de la mujer manaron luz.- Él llega hoy.

- Tu novio? –Un desierto se extendió ante él.- ¿Cómo es?

-Andariego. Entra y sale de mi cabaña tan de prisa que a veces no alcanzo a cerrar la puerta cuando ya se ha marchado. ¡Cómo me abraza la cintura! Casi pierdo la respiración. Se enreda en mi pelo. Pero no siento miedo de sus caricias. Hace volar la noche y canta en las cañas.

-Me gustaría conocerlo. Con que esta noche vendrá a visitarte, ¿ah?-. La inclinación de la luna lo inquietaba.

La muchacha elevó el rostro hacia la luna y exclamó colérica:

- Somos rivales. Pretende arrebatármelo, estoy segura. Se asoma para espiarnos...¿Tú crees que él la ama?

- Quien sabe...Tú si que eres hermosa.

- Juntos echaron a andar.

- A lo lejos, entre las rocas, una caleta de pescadores. Las barcas derramaban sus pescados. Los niños rodeaban los canastos. Un pescador, sentado en la arena, tejía una malla sujetándola con los dedos de los pies.

- ¿Le han visto? –preguntó la muchacha. A su paso, las polleras de las mujeres bulliciosas, se cerraron como flores. Se detuvo ante un tosco mocetón de chaqueta de arpillera y gorro azul cobalto.

- Yo lo vi. – profirió el mocetón, avanzando-: me dijo que te besara – se inclinó. Ella le hizo una zancadilla, arrojándolo de bruces. El levantó sus puños.

- ¡No la toques! – le advirtieron.

- ¡Demonio! Si no me acarreará mala suerte...

- Ella corrió, riendo, hacia el pescador más viejo.

- Estuviste con él?

- Casi nos vuelca la barca; pero, felizmente, le hablé de ti y se tranquilizó-. El viejo lío un cigarrillo. -¡Ay, niña! Tu novio nos da malos ratos, pero sin su ayuda no hubiéramos podido regresar desde la isla.
- ¿Te entrego uno de mis hijos? – Escudriño hambrienta la barca- ¡Eh! – Llamó el pescador -, denle su ración. Le pasaron un pez.
- Ninguno se reparte el lance antes de entregarle lo que le corresponde – explicó el viejo al extranjero.
- ¿Sabes? Nosotros tenemos hijos. Voy a amamantarlos. Acompáñame-.invitó impaciente al extranjero a seguirla. –Jamás mi amor se olvida de enviarme un hijo-. Sus hojas acariciaban el pez, quien aún palpitaba en sus brazos.
A poco andar por los cañaverales llegaron a una choza de palmeras. Las luciérnagas rodeaban el pantano.
- Aquí es- dijo la mujer. Arrojó el pez a una ría.- Estos son mis hijos- señaló el agua en que nadaban innumerables peces.
- Que de hijos tienes.
- Los quiero mucho- murmuró. Prendió una fogata. Después introdujo una mano en el agua y la agitó. Los peces acudieron. – Hijos míos, hijos míos...
Tomó uno; con gracia maternal se abrió el escote y opuso la boca del pez en uno de sus senos. Radiante buscó los ojos del hombre. Los ojos del hombre fulminado de estrellas extinguidas.
- ¿No es cierto que es precioso mi niño?
“El seno terso como mango. Una vena azul. Ser sangre. Vivir bajo esa piel salada de mar”.
- Si, precioso.
El pez continuaba su inútil agonía y la mujer acariciaba sus escamas tornasoles.
- ¡Basta! ¿No te parece que ha dormido bastante? – En la voz del hombre había rencor.
- Pronto se quedará dormido...-Cantó.- ¡Duérmete mi niño!...- y, sin dejar de mecerlo, lo tendió suavemente sobre una lona.
Se apoderó del hombre un terror de complicidad.
Apenas ellas advirtió la inamovilidad del pez, lo ensartó en un palo, a fin de chamuscarlo al calor de las brasas; en seguida lo devoró y cuidadosamente separó las espinas en distintos tarros.
- ¿Qué haces?
- Adorno las tumbas de mis hijos.
El hombre miró a su alrededor. De la tierra húmeda emergían, formando dibujos, espinas coloreadas.
- Te mostraré mis adornos -.Penetró al interior de la choza. Volvió con los ojos resplandecientes. – Le pongo esta corona cuando él viene- dijo, enseñándole una guirnalda de corales.
Una ráfaga soplo del océano.
- Escucha. ¡Ya llega! – exclamó con júbilo la mujer. Entreabrió los labios, cerró los párpados, extendió los brazos. Se dejó abatir extasiada. Tenía la nupcial placidez de la noche.
La arena aceptaba resignado el chicoteo de la marea. Los Cañaverales se inclinaban ante la brisa áspera de sal. Siempre en la distancia un perro mordido por laguna. En los campos crecía el helecho.

“¡Si ella fuera mi alma!”

El viento se detuvo, Luego avanzó, tibio, brincador. Rozó la palmera, chapoteó, ondeó sobre la arena y azotó el cuerpo del hombre. Anudaba los pies de la muchacha. Le envolvía la garganta de musgos y huiros.

-La he poseído – pensó el hombre.

El extranjero fue en su ayuda. Hundió sus manos en los cabellos: se encontró una vital resistencia. Aquella cabeza se había convertido en nido de tentáculos. Arañaba con todas sus fuerzas las algas para arrancar la atadura. Transpiraba. Los huesos de los dedos le dolían.

En cuanto aflojó el nudo, la mujer dijo:

-¡Ándate! Está celoso ¡Ándate! ¿No ves que está celoso? – Cogió una piedra y lo amenazó. -¡Ándate!

Cabizbajo, todavía indeciso, se marchó, las manos, ensangrentadas.

Esa noche soñó. Las olas eran espejos. Cabellos le penetraban por la orejas, por los orificios de las narices. Los peces le succionaban la boca. Y sus labios, sus propios labios se transformaban en un pezón. Quiso hablar, no tenía lengua y yacía en ese tonel de espejo que eran las olas. Los peces traspasaban el cristal

Por la mañana pensó en su juventud. Entonces él era un hombre de buena voluntad. ¿El aullido? ¿Acaso no lo traicionó? La corriente le había empujado. Fue más fácil. Hay que ser fuerte para quedarse en la orilla. ¡Qué no tiene su precio! Las humillantes antesalas. El claudicar Por eso se hizo esclavo. Ni siquiera le sirvió la absoluta oscuridad. Nada. La vida.

Los charcos se iban formando en la habitación. Era verano. Habían comenzado las lluvias. El agua se escurría por los intersticios de la ventana. El chúcaro viento. La mar gruesa. Los pescadores no se aventuraban a salir de sus cabañas. Sólo, en la playa, la mujer.

La tempestad se volcó. El extranjero no pudo contenerse. Abandonó la casa. La muchacha caminaba con lentitud. La lluvia caía terca sobre sus cuerpos; el viento la azotaba. El lograba apenas mantenerse de pie. El huracán se aproximaba. Ya surgía sobre el océano. Los embudos de agua se levantaron en espirales.

¡Ven conmigo! – El viento apartó al hombre. -¡Ven a mi casa! – rogó e intentó protegerla. El viento desunió los brazos del hombre. La arena le salpicaba la cara. Un relámpago destripó el cielo. Dio la espalda al viento, y, avanzando así, llegó junto a ella. La estrechó. -¡Ven conmigo!

-No quiero. Me iré con él – gritó, desasiéndose.

La vio correr como una poseída hacia los arrecifes.

Los pescadores se le acercaron.

-Déjela! ¡Déjela! – El viento casi les impedía avanzar.
-¡La mujer! – clamó el hombre.
En los arrecifes los pescadores los sujetaron. Se resistió. Debieron golpearlo con violencia.

Se incorporó. Allí, sus libros, su colección de sellos, su guitarra.
-¡Tengo que salvarla!
- ¡Absurdo! ¡Si hay huracán! – murmuró el pescador.
Tras la venta se distinguía, brumosamente una figura sobre una roca.
-Yo voy! – prorrumpió el hombre.
Los cristales se hicieron trizas.
El huracán invadió la playa.
-¡Dios mío! – sollozó.
Vio como el huracán cogió a la mujer y arrasaba las palmeras y algunas chozas: ¡Se iba en dirección a la isla!

Pasó la tormenta. Las olas se aquietaron. Los hombres echaron sus barcas al mar. El extranjero estuvo taciturno muchos días. Por fin se dispuso a regresar a su país.
Aquella mañana, mientras las barcas se alejaban, el viejo pescador se le acercó. Traía en las manos un jirón de red.
Se la llevó a la isla. Está feliz. ¡Es suyo! Tómelo.
Palpó el extranjero entre sus dedos el jirón. La mujer del viento había creído. La isla, allá, una sombra llena de pájaros. “Tal vez él pudiera...”
Se rasgó la camisa.
Y apareció todo el cuerpo iluminado.